

---

# ANDECA. <sup>1</sup>

---

## (A MI QUERIDA MADRE.)

---

(Euskaldunas: firme, firme contra los moros.)

---

Era al anochecer. Estaba yo en frente de una fuentecilla, pensario en los males que amargan á la Euskal-erria amada. Figurábaseme que las gotas de agua que del peñasco caian, cran lágrimas que nuestro querido suelo, reblandecido por la fuerza del dolor, derramaba. Tan firme era mi pensamiento, que, sin que yo me apercibiera, de ello, púsose el sol, y se extendieron las sombras de la noche; y entre los bosques, me quedé perdido. Entónces, descubriéndome, comencé á orar fervientemente, diciendo: «Oh Dios mio! sacadme, sacadme presto de entre estas tinieblas!» Apénas hube concluido de pronunciar estas palabras, cuando distinguí una lucecilla en la parte superior del bosque en que me hallaba, y al verla me alegré, como se alegra el marino que divisa la estrella polar. Pensé que seria la luz de alguna cabaña, y trepé por la pendiente. Cuando llegué al punto en que dicha luz se veia, encontré un caserío, y á su puerta un hombre, á quien, despues de saludarle, dije: «He perdido el camino para dirigirme á mi casa, y os suplico que me concedais albergue por esta noche.» Al escucharlo, aquel hombre hospitalario hizome pasar á la cocina, en la que vi á su mujer, á sus hijos y sirvientes, así como á los moradores de los cercanos caseríos. Los hombres, unos trabajaban; otros, fatigados por el trabajo del dia, estaban descansando; las mujeres, hi-

---

(1) Véase el texto bascongado en las páginas 549 y sigientes del tomo IX.

laban todas. El *Echeko-jauna* entró en la cocina tras de mí, y tomó asiento en un escaño, colocado al lado de la lumbre. Cuando se sentó, todos los que allí se encontraban, le dirigieron la palabra en estos términos: «*Echeko-jauna*, relatadnos alguna historia referente á nuestros antepasados.» El *Echeko-jauna* les replicó: «Sí; para que la raza euskara nunca se olvide de las grandes hazañas de sus ascendientes narraré una historia que oí á mi abuelo, cuando todavía era yo un niño.» Todos se prepararon á escucharle con cuidado y atención, y el *Echeko-jauna* dijo: «Hé aquí la historia, *relatada tal como nuestros abuelos la referían*.

## I.

Corría el año de setecientos y once. El pueblo euskaro estaba dividido en tribus; en las de Bizcaya era cabeza un tal Andeca, hombre honrado y de gran corazón. Hacia ya dos ó tres siglos que los euskaros estaban en guerra con los godos, dueños del resto de España. Nunca finalizaba aquella guerra cruel, porque, si alguna vez eran los bascos derrotados cuando á las llanuras bajaban, no había en el mundo fuerza bastante para vencerlos en sus ásperas montañas.

El ya mencionado año de setecientos y once, Rodrigo, rey á la sazón de los godos, vino con numeroso ejército á Pamplona, al intento de hacerse dueño y señor del país bascongado. Los bravos navarros preparáronse para defender sus hogares y montañas, y todos los que tenían suficiente brazo para blandir la *azcona*, desde las sierras de Andía, Urbasa y Aralar, de las márgenes del Bidasoa, como también de las del Arga, acudieron presurosos á los montes y valles cercanos á Pamplona.

Mas ¡hé aquí! que hallándose en Pamplona, recibe Rodrigo la nueva de que los moros han invadido la Península española; y como, frecuentemente sucede con los vanos proyectos de los hombres, desvanécense todas sus soñadas conquistas, del mismo modo que las nubes al asomar en el cielo la plateada luna; y sale de Pamplona, y del país euskaro, llevando consigo todas sus legiones. De monte en monte, cual si en sus alas el viento la llevará, llega esta noticia á oídos de Andeca, quien, convocando al *batzarre* á todos los venerables ancianos de Bizcaya, les dice:

«Amados compatriotas míos: Rodrigo, rey de nuestros enemigos,

que habia venido á Pamplona, se ha marchado ya de la Euskal-erria. Ha sabido que han penetrado en España los impuros moros, llenos de vanidad, y diciendo que someterán á su dominio toda la Península, de Sur á Norte. Y no vienen, tan solo, á domeñar á España, sino tambien á hacer guerra á la Sagrada Cruz. Vamos, pues, amados compatricios, vamos nosotros tambien, olvidando pequeñas desavenencias, unidos á Rodrigo; y hagamos ver al moro, que si quiere sojuzgar nuestra pátria, que si de ella quiere desterrar la Cruz, habrá de pasar por encima de nuestros cadáveres, porque, hasta que derramemos la última gota de sangre, defenderemos á la Cruz y á la Pítria. ¡Sí! vayamos todos, sin temor al morir, como buenos hermanos nacidos bajo la sombra de un roble; no temamos ¡no! á la muerte, porque, si nosotros morimos, nuestra muerte será centella que hará prender en el corazon de las generaciones que nos sucedan, vivísima llama de valor. ¡Aurrerá, muchachos, aurrerá! Atravesemos montes y valles, arroyos y rios, prados y bosques, y dirijámonos, ligeros dirijámonos, sin perder tiempo, al Mediodía. ¡Por Dios y por la Pátria!...

Y acompañado de los que de todas las comarcas de Bizcaya acudieron á su llamamiento, se marchó.

## II.

Estamos en otoño. La cumbre del Amboto se vé rodeada de negra y tempestuosa nube. Apénas llegan á los valles los últimos rayos del sol, tristes como la mirada del hombre que tiene apenado el corazón. Todos los pájaros han desaparecido; todos se han alejado de la tierra euskara; los bosques están muy silenciosos, desde que sus alados habitantes se marcharon. Las doncellas de la Euskaria, que cantaban tan pura y melodiosamente como los pájaros, entristecidas hoy, no quitan, con sus animados cánticos, el pesar que causa el silencio de los bosques. Los rios, los arroyos y las fuentes, caminan muy despacio no son como lo eran antes, sonoras arpas de cristal, ¡no!; sus silenciosos murmullos son fúnebres. Los *ujjúus* de los pastores, el tamboril de las romerías, las *alayúas* de júbilo, ya no se escuchan. Parece que están enlutados, así los hombres, como las mujeres, así los viejos, como los jóvenes; que enlutados están los bosques y los jaros, las fieras que por ellos transitan y las ovejas que están en los

apriscos. Todo, todo está triste en el pueblo Euskaro. ¿Qué es lo que ocurre? ¿Qué infortunio, qué desgracia, es la que amarga hoy los corazones de los Euskaldunas?..... Han sabido que Andeca ha muerto, y que de todos los que con él se marcharon, tan solo unos cuantos han quedado con vida. A unos, faltales su padre; á otras, su marido ó su hermano; y, por eso, cubren sus cuerpos de negras vestiduras, mas ¿qué es lo negro de sus trajes, si miramos á lo negro de las penas que les parten el corazón?..... La misma diferencia existe entre uno y otro, que entre un charco, ó pozo reducido, y la inmensidad del mar. No hay en la tierra idioma que pueda explicar la grandeza de esas penas. Para manifestarlas debidamente, para decir cuán grandes son ellas, necesitase una lengua más expresiva que la del hombre.

### III.

¿Qué hace el tropel de gente que se divisa en la reducida pradera que corona aquella montaña? ¿Quién es aquel hombre que entre ellos se destaca? En una mano lleva la *basca-tibia*; un cuerno en su cinto; es un *koblakari*, y vá á cantar. Vamos allá; apoximémonos, y escuchémosle. Hé aquí lo que dice:

«Andeca y los suyos han muerto, abrazados á la cruz, peleando contra los moros. Su vida se ha secado, como se secan en otoño las hojas de los árboles. Mas, en reemplazo de las hojas que se secan en otoño, nacen en la primavera otras nuevas y lozanas. Nosotros, tambien, Euskaldunas, hagamos ver al hijo de los cálidos países del Mediodía, que si quiere conquistar la tierra euskara, no es suficiente que haya muerto á Andeka y á sus compañeros, porque á la manera que los árboles se adornan en primavera de lozanas hojas, se cubrirán nuestras montañas de jóvenes y valerosos mancebos. Euskaldunas, firme, firme contra los moros!

.....

Aproxímanse, por el Sur, terribles ejércitos, que siembran el fuego y la desolación, al intento de apoderarse de nuestro país natal. ¡No temáis, Euskaldunas!... Tambien la mar, rugiendo feroz, y elevando hasta las nubes sus nacaradas aguas al estrellarse en las rosas, acércase á la costa; mas cuando llega al límite que le ha seña-

lado Dios, dueño y señor de todas las cosas, besa humilde la arenosa playa, y retrocede. ¡Euskaldunas, firme, firme contra los moros!»

.....

Al decir esto, animóse la faz del *koblakari*, y brillaron sus ojos, queriendo reflejar el entusiasmo ardiente que su corazón sentía. Parecía un gigante roble que adornado con todas las galas primaverales, se levanta erguido. Y, así transfigurado, continuó:

«Desde que se fundó la Euskal-erria, muchos han sido los extranjeros que han venido á apoderarse de nuestras montañas. Muchos son los que han querido poner bajo infame yugo, á los hijos de Aitor. Mas ¿quién logró su deseo? ¿Quién subyugó á los Euskaldunas? Nadie, nadie; hé ahí las cumbres del Hernio, hé ahí los valles de Regil, en testimonio de que se redujeron á la nada los proyectos locos de Octaviano; hé ahí los peñascos de Urbasa, hé ahí el empinado Gorbea, diciendo que nunca sintieron sobre sí el talón del godo. Vinieron; mas cuando los Euskaldunas, blandiendo sus *azconas*, les siguieron, precipitándose por las peñas, huyeron veloces, del mismo modo que las ovejas huyen, cuando las persigue el hambriento lobo; alejábanse todos, al escuchar el *irrintz* euskaro, como se alejan las liebres al oír el ladrido de los perros. ¿Qué? ¿Creyeron aquellos hombres vanidosos que tan fácilmente se arrancaban los robles de nuestra tierra?... Ignoraban, sin duda, que las raíces de estos robles están hondas, muy hondas; ignoraban, sin duda, que las montañas bascas son de hierro. Porque si nó ¿cómo hubiéranse atrevido á venir á domeñar el libre pueblo de Aitor? ....

.....

Dulce y amable es para un pájaro, su nido; ámale más, aunque sea construido de pobre paja, que á la jaula de oro que un rey pueda proporcionarle. ¿Y por qué así? Porque los pájaros han sido criados por Dios, para que sean libres. De la misma manera, más querida es del Euskalduna su libertad, y la olvidada vida de que, entre sus montes, disfruta, que la opulenta que, bajo dorado yugo, pudiera el extranjero darle. Por eso, cuando alguien intenta privarle de su libertad, inflámase en él, el valor, y rueda, por las montañas abajo, como rueda en primavera la nieve derretida. ¿Quién se opondrá, al torrente que, saliendo de madre, marcha impetuoso destrozando cuanto á su

paso alcanza? ¿Quién detendrá el peñasco desgajado que desde la cima de un monte se precipita? ¿Quién pondrá valladar al león que, rugiendo, busca á los cachorros que le han robado? Empero, más fácil es oponerse á un torrente, más fácil es detener un peñasco desgajado, más fácil es poner valladar al león que busca á sus robados cachorros, que resistir al Euskalduna que marcha contra el extranjero que ha querido quitarle su amada libertad. No hay ejército que á él pueda resistir. Como el viento de otoño dá en tierra con todas las hojas que en su curso encuentra, así aquel hombre acaba con todos los guerreros que se le ponen delante. En vano se cubrirán de corazas; en vano empuñarán armas terribles; más eficaz que todas las corazas y que todas las armas, es el valor que la libertad enciende en corazones libres. ¡Aurrerá, pues, Euskaldunas, aurrerá! Vinieron los roinanos, mas se marcharon; vinieron los godos, mas se han marchado; vienen los moros, mas tambien estos se marcharán, ¡sí! ¡se marcharán! si, todos nosotros unidos, defendemos, cual verdaderos Euskaldunas, á Dios y á la pátria; ¡Euskaldunas, firme, firme contra los moros!»

.....

Al oír estas palabras, estalló el entusiasmo del amor pátrio en los corazones de todos aquellos Euskaldunas, que clamaron: *Iaio, iaio, iaio.....*

Y los ecos de las cóncavas montañas, despertándose, y la mar hirviente, al estrellarse en la playa, respondieron: *Iaio, iaio, iaio...*

Así sucedió lo que Andeca había predicho. La muerte de los que perecieron á orillas del *rio maldito* (Guadalete), fué chispa que encendió en el corazón de sus descendientes, vivísimo valor.

Hé aquí la historia que escuché al *Echeko-jauna*.

CARMELO DE ECHEGARAY.

